

“¡Estos matan!”, exclamaba Neruda, angustiado por la suerte de sus amigos

# Dramática fue la agonía del gran poeta

OSCAR VEGA  
Santiago

Las vidas de Aída Figueroa Yávar, su esposo Sergio Insunza y sus cinco hijos, se confundieron, en años de cálida y profunda amistad, con las de Pablo Neruda y sus mujeres, Delia del Carril primero y luego Matilde.

“Pablo marcó mi vida”, señala con nostalgia Aída Figueroa, abogada, hoy abuela de once nietos, prominente militante política e intelectual de izquierda.

El día del golpe de Estado, septiembre 1973, el abogado Sergio Insunza, ministro de Justicia del Presidente Allende, debía llegar a Isla Negra para tratar con el poeta detalles de su testamento, la Fundación, las casas y el legado literario. Buena parte de eso, según la voluntad del escritor, iba a beneficiar a los trabajadores y acaso a su partido. “Un grupo grande de gente estaba involucrada en esa responsabilidad”.

—¿O sea, Neruda tenía conciencia de estar en sus últimos días?

—Tenía conciencia de que estaba grave, prisionero de dolores insostenibles. Yo diría que, de alguna manera, él seguía pensando en que podría sobrevivir. Nunca lo oí afirmar “esto se acabó”. Evidentemente estaba postrado y su situación se agravó después de la huelga de los médicos cuando le suspendieron sus tratamientos en el hospital Van Büren en Valparaíso. Incluso he llegado a pensar que Pablo jamás aceptó que tuviera cáncer, negando lo que ya era irreversible.

## Sábado negro

Pero también Matilde pensaba igual. “Siendo, en muchos aspectos, una persona mucho más concreta que él, no se dio cuenta que Pablo estaba agónico. Incluso, la mañana del sábado 22 de septiembre fue a Isla Negra a hacer maletas para viajar a México en un avión especial que había dispuesto para Pablo el Presidente mexicano.”

Aquel día, junto al premio Nobel, en una habitación de la Clínica Santa María estuvieron su hermana Laura, su amiga Delia Vergara y el fiel secretario, el poeta Homero Arce, quien hasta portaba una máquina de escribir. “Pablo tenía sobre la cama un libro que le había llevado Delia. Una novela descuadrada porque él ya no podía sostener en sus manos ningún peso. Pablo siempre tuvo gran predilección por Delia, mujer culta, fina, simpática, muy lectora, buena cocinera, de alto *status*, casada con Carlos Puyó. No eran amigos de la vieja guardia, pero sí de las últimas décadas”.

Aída Figueroa rememora. Homero iba y venía porque Neruda corregía, opinaba o modificaba. “Creo recordar que se refería a generales traidores, sus memorias, cosas de ese tipo. Usted comprenderá, con la grave situación en todo el país, todos noso-

tros alterados, la coherencia era relativa”. Aída Figueroa conoció a Neruda en 1948. “Me decía Idita, a mis hijos los trataba de sobrinos y ellos le decían tío Pablo. Vivimos recíprocamente en las casas de unos y otros. Décadas de una amistad entrañable”.

Cuando Aída habló por última vez con el poeta, “me preguntó por Sergio:

—Está bien, está escondido, no lo han detenido—, respondí.

—Que se cuide, que se cuide, ¡éstos matan!—, exclamó angustiado.

Se acordó también de la Payita, la secretaria privada de Allende:

—Me dicen que anda huyendo, que va con una peluca, que

la mano, él hizo lo mismo. Entonces tuve la sensación de que era la despedida, pero jamás nunca pensé que fuera para siempre. Murió al otro día, un domingo. Yo estaba prácticamente presa, no podía salir de una casa a la cual había concurrido para hablar con mi marido oculto”.

El escenario del lunes en la clínica era desolador. El cadáver permanecía en un pasillo anexo a la capilla del establecimiento. Junto a él, acongojadas, Laura, Matilde y Teresa Hamel. “No recuerdo a ningún hombre; para los días del golpe de Estado todo fue una reunión constante de mujeres; los hombres no se veían. Pablo estaba vestido con una chaqueta de *tweed*, de esas que tanto le gustaban. Entre

la mira de los golpistas, lo ofrecí igual. Pero Matilde no aceptó y aun sabiendo de la destrucción de La Chascona, se decidió valientemente por ese lugar. Recuerdo que me comentó: “Mientras peor esté esa casa mejor estará Pablo”. Desde un punto de vista de principios, ella tenía toda la razón.

## Casa saqueada

Un hijo de Aída y jóvenes amigos acudieron a esa vivienda para sacar el agua que lo anegaba todo. El lugar había sido bárbaramente allanado y robado. El ataúd lo entraron por atrás.

—Era como si hubiese una tormenta, se tambaleaba el cajón en hombros de quienes lo portaban, el día era frío. Pusimos a

zó la protección de Carabineros y también el pésame que intentaba ofrecerle la Junta Militar golpista”.

## Verdes años

Cuando Neruda y los Insunza—Figueroa se conocieron, “Sergio era militante del partido, yo de la juventud y cursaba quinto año de Derecho. Vivíamos frente al Forestal en un departamento de la Caja de Empleados Públicos, teníamos una sola hija de año y medio. Vino la represión de Gonzalez Videla, quien traicionó a los comunistas pese a que éstos le apoyaron y ayudaron a llegar a La Moneda”.

El partido pidió al matrimonio de Aída y Jorge que protegieran a obreros acosados que escapaban de la zona carbonífera, Coronel, Schwager y Lota. “Los perseguidos dormían en una cama de una plaza que ocupaba nuestra hija. Un domingo nos informaron que un nuevo compañero iba a alojarse con nosotros. Ignorando su nombre lo esperé un lunes. Cual no sería mi sorpresa al abrir la puerta y ver a Pablo y La Hormiga. Retrocedí impactada, Pablo, 15 años mayor que yo, Delia, 35 años mayor que yo. De acuerdo a la formación cultural de una, eran verdaderas autoridades. Quedé como lela. Pero Pablo entró como Pedro por su casa, encontró todo alegre, alabó el piano, la vista al parque. Con algunas interrupciones, debido a razones de seguridad, se quedaron a vivir con nosotros varios meses”.

En ese lugar Neruda escribió parte de su *Canto General*.

Inolvidable fue la convivencia de aquellos días. Neruda dominaba la situación. Escribía en la mesa del comedor, en una pequeña máquina perteneciente al dueño de casa mientras la pequeña hija del matrimonio subía y bajaba encima de él.

—La persecución y el miedo no entraban allí. Los días eran felices; él siempre quería tener un buen almuerzo, en la tarde ver a sus amigos; conocimos a gente interesantísima e incluso, para el 12 de julio, su cumpleaños, hicimos fiesta con serpentinas y gorros, unos veinte invitados; se comió y se brindó.

## Al destierro

Desde aquel hogar el poeta salió hacia la casa del doctor Bulnes, y de allí hacia el sur, siempre protegido por incontables manos generosas. Por ásperas rutas cubiertas de bosques milenarios cruzó a caballo la frontera, hacia el destierro.

Aída Figueroa hace un esfuerzo final. Sus palabras brotan con hondo dolor: “Desde aquellos lindos años, cuando le conocimos, nunca nos separamos. Prácticamente fuimos una sola familia. Con él tuve una relación filial muy fuerte. Entre las personas que más he querido en mi vida se encuentran mi padre y Pablo, mi marido y mis hijos. Pablo fue absolutamente determinante en mi vida”.



Aída Figueroa: inolvidables, largos y hermosos años de amistad con el autor de *Canto General*.

no sabe dónde meterse. ¡Ayuda tú a la gente, ayuda!.

—Sí Pablo, no te preocupes.

Se quejaba. “Le dolía todo, desde el pelo hasta las uñas de los pies, decía. Ya tenía disnea, hablaba entrecortado. En un acto absurdo, yo le recordé lo de su testamento”.

“Pablo, ¿dónde te contactamos?”, le dije, pensando en México. Me respondió que ubicara a Wenceslao Roces (intelectual español que salió de su país con la contrarrevolución, en tiempos de la República, que estuvo en Chile pero no se decidió a vivir aquí; se quedó en México. Abogado marxista, coetáneo de Neruda, fue traductor de *El Capitán*.)

## La despedida

Es angustiante el relato de Aída Figueroa: “Le tome y besé

todas lo pusimos en el cajón”.

En esa ocasión, Matilde comentó que en sus últimas horas, presa de la fiebre, el poeta hablaba incoherencias. Pero aun en el trance doloroso y en la tormenta que azotaba a su cerebro, le dijo a su mujer cosas increíblemente hermosas; le habló de amor, de pájaros, de los lejanos y apasionados encuentros. “Creo que Pablo, en ningún momento, tuvo la angustia de la muerte”, comenta Aída Figueroa.

Matilde recibió ofrecimientos de la Sociedad de Escritores para llevar la urna al local institucional de calle Simpson 7.

—Yo también ofrecí nuestra casa en calle Estrella Solitaria, de Ñuñoa, donde tantas veces vivió él, primero con Delia del Carril, La Hormiga, y luego con Matilde. Aunque era un sitio inseguro, en

Pablo en el *hall*, donde no quedaba un solo vidrio; todo estaba destrozado, los teléfonos desparramados por el suelo, cuadros y retratos con clavos en los ojos, algo pavoroso. Comenzó a llegar gente joven, muchos de la editorial *Quimantú*, luego aparecieron embajadores. Nosotras, sobre unos colchones tendidos en el suelo, nos quedamos en vigilia al lado de Pablo muerto.

Entre los consternados visitantes estuvo el cantautor Patricio Manns.

—Le dije, “pero Patricio, ¿qué estás haciendo aquí? Es tan peligroso, acaban de matar a Víctor (Jara)”.

Queta Quintana, viuda del famoso fotógrafo Antonio Quintana, vecina en calle Márquez de la Plata les llevaba café caliente. “Ahí fue donde la Matilde recha-